

Un páramo seco, cubierto por matorrales quemados y lo que antiguamente llamaban encimas se extendía ante sus ojos. El hombre, ignorando el calor que el sol producía pese a encontrarse tapizado por nubes oscuras, avanzó por allí, renqueando sin rumbo, sintiendo la arena cenicienta colándose por sus sandalias y el aire agitando su capa. Se decía que, antaño, aquellas llanuras eran una tierra fértil, mas ahora todo estaba cubierto por las marcas de la guerra.

El hombre no tardó demasiado en llegar al pie de la pequeña montaña, con el frígido viento silbando en sus orejas y el atuendo de viaje manchado de ceniza. Una edificación, solitaria, se encontraba allí, pero pese a haber llegado a su destino, ninguna expresión de alivio recorrió el rostro del viajero.

La construcción era extremadamente simple, de hecho, se trataba de un chozo circular, como los que usaban los pastores para pernoctar. Un portón simple, no tan grande como para cubrir la entrada, daba paso a la choza pétrea. El hombre, con suma cautela, golpeó la puerta. Segundos después de que hiciera eso, algo abrió el portón y alargó su cabeza al exterior, con una sonrisa tranquila, dejando que su rostro se viese por la luz del sol. El viajero se sobresaltó, retrocediendo levemente con la empuñadura de su espada fuertemente agarrada con su mano.

—¡Hola! —saludó el individuo. Se trataba de un hombre mayor, puede que anciano, que llevaba un traje antiguo, medio raído. Una capucha tapaba sus cabellos canosos y vestía una chambra y unos pantalones tradicionales. —  
¿Quién eres, muchacho?

—Soy el capitán Hermes. ¿Eres tú el brujo del que todo el mundo habla?

—¿Hay razones para llamar brujo a alguien que no ha perdido su felicidad? —

Sonrió el anciano.

—Hm...—Con determinación, el viajero lo apuntó con su arma. —En nombre del rey, quedas detenido por cometer crímenes de manipulación de la sociedad.

El “brujo” se quedó en silencio, analizando la seria expresión de su atacante. Pese a su valor, no había muestra alguna de sentimiento en su voz o en sus movimientos. Es más, a juzgar por la oscuridad de sus ojos, se encontraba apesado por la tristeza y el dolor.

—No temas, amigo Hermes. —El anciano levantó sus manos. —En mi vida desearía luchar contra otro ser humano. Mas, por tu aspecto, te ruego algo. Descansa. Ven, te dejaré comer y beber en mi chozo...—Se volvió hacia su vivienda, manteniendo el portón abierto.

Hermes no lo siguió, desconfiado, aún con la espada alzada. No obstante, dio varios pasos con intención de investigar la choza, para así poder confiscar los bienes del brujo y entregarlo a la justicia con más pruebas de sus crímenes. El interior del chozo era muy simple, con un par de botijos, uno de agua y otro de vino, varios alimentos más y un saco para dormir.

—Ten, hijo. —El anciano se sentó en el suelo, tendiéndole un vaso de barro que llenó de agua con un botijo. —Siéntate y descansa. Si debes prenderme, lo aceptaré sin rechistar. Soy un hombre humilde, no deseo el mal de nadie...

—No pienso tomar nada. Sé de sobra que eres capaz de envenenar a la gente.

—murmuró Hermes, inexpresivo. —Un brujo como tú podría...

—¿Para qué has venido a esta tierra destrozada? —Lo cortó el brujo, con firmeza. —¿Tan solo para buscarme a mí? Créeme, capitán, esos cientos de kilómetros de viaje por estos valles de ceniza donde no corre al agua por los ríos ni pastan los animales sobre las hierbas no los hace un hombre porque sí.

—No hay razón alguna, viejo. —Negó el viajero. —Se dice que eres capaz de manipular a la gente y de hacer crecer árboles. Además, estás en contra del rey. Si he venido ha sido para capturarte.

—Nadie puede sobrevivir en este lugar, por muchos víveres que se tengan.— Interrogó el anciano, bebiendo con lentitud.

—Cumplir esta misión me daría un cargo alto en el ejército real, por difícil que fuese. No me importa mi vida... ya lo he perdido todo.

—Oh, ya lo entiendo... Eres otro de esos soldados acibillados por el mal de la guerra. —Entendió el brujo, con una expresión de pena. —Hubo muchos como tú, muchacho. Perdieron a sus hijos, a sus esposas, a sus amigos y hermanos, luchando por falsos ideales. Sus hogares fueron masacrados por los ejércitos... al igual que sus mentes perdieron la felicidad.

—No eres nadie para compadecerte de mí. —El viajero se mostró rudo.

—No te preocupes, zagal. Te regalaré algo. —El anciano se incorporó con coste, acercándose a uno de los zurrones donde guardaba sus alimentos. Sacó algo parecido a un flamante racimo de uvas, bien guardado por una tela.

—Repito, no pienso comer nada. Me envenenarás. —No se fio Hermes.

—Déjame que te cuente algo... Tiempo ha, esta tierra aún tenía nombre y los agricultores la protegían, cultivando hermosas frutas y trabajando de sol a sol. Uno de los más preciados tesoros que la tierra ofrecía eran unas uvas, llamadas uvas Eva-Beba, que traían la felicidad a los niños y hacían desaparecer los males en los adultos. Los hombres jóvenes se las ofrecían a sus esposas durante las bodas y hasta se decía que los ancianos parecían rejuvenecer cuando tomaban

estas uvas. No obstante, con el Gran Diluvio se murieron la mayoría de las vides, y los pueblos desaparecieron, así como la antigua y floreciente civilización. Hace veinte años, empezó la guerra de gobierno y el actual rey llegó al poder. Y lo que quedaba de esta tierra fue destrozado bajo los fuegos del conflicto...—El brujo le mostró el blanco y resplandeciente racimo de uvas. —Estas son las últimas uvas Eva-Beba. Y con ellas, el triste remanente de lo que este lugar fue.

El capitán no dijo nada, sentándose junto a él y observando las uvas. Eran grandes y redondeadas, y pese a que brillaban con cierto tono albino bajo la luz del sol que se filtraba por la entrada, poseían un color verde amarillo. Con curiosidad, agarró una del racimo para probarla...

—¿Cómo sé que no me mientes? —murmuró Hermes.

—Coge esa espada. —El brujo levantó los brazos, con una sonrisa humilde. — Y mátame en caso de que dudes de mi palabra, estoy indefenso... Si lo has perdido todo, podrás finalizar tu misión aunque te mienta.

Inspirando hondamente, el viajero probó la uva, notando el frescor a lo largo de toda su boca. No pudo evitar que le saltaran las lágrimas al recordar aquel sabor.

—Estas uvas...—Sollozó. —Me recuerdan a... mi familia. A mi mujer. Me recuerdan a mi casa. —Miró al brujo. —¿Qué extraña magia es esta?

—Ojalá fuese magia, zagal. —Suspiró el anciano, con melancolía.

—Este sabor... Oh, no creo que sea el mismo. Pero es idéntico. —Hermes se llevó una mano a la cabeza. —¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué soy soldado en vez de agricultor? ¿Por qué lucho en lugar de cultivar...? Oh, cielos... Qué dirían mis padres. Qué diría mi querida esposa...

Hubo varios segundos en los que ninguno de los dos dijo nada.

—No mentías, brujo...—Mascó en silencio el hombre. —Estas uvas son una maravilla. Me pregunto cómo he olvidado este sabor. La guerra me hizo olvidarlo.

El viejo se mantuvo en silencio, pensativo. Hermes se quedó igualmente quieto en su sitio durante cierto período de tiempo, recuperando la sensibilidad en su rostro. Después, se incorporó, envainando la espada.

—Gracias por compartir conmigo esto. Me has devuelto la vida. —Habló con firmeza y humildad. El anciano le tendió el resto del racimo con una sonrisa. — ¿Hablabas en serio cuando decías que me las regalabas?

—Sí, hijo. Son tuyas. No es bueno olvidar a nuestros seres queridos, así que mejor quédatelas tú, si así recuerdas tu pasado. —explicó el brujo.

—Hm... No pueden quedarse aquí. Ni puedo consumirlas todas. Debo plantarlas, aún hay semillas en estos frutos. No puedo permitir que estas uvas se extingan. —Se volvió hacia el viejo. —¿Me dejaréis hacer esto?

—Ve y planta las semillas. —Asintió él. —Extiende la uva Eva-Beba por el mundo. Extiende el espíritu. Y extiende la felicidad...

—Gracias, brujo... Bueno, ya no creo que seas un brujo. Eres un sabio. —Hermes se dirigió hacia la salida del chozo.

—Espera... ¿no ibas a apresarme? —Interrogó el anciano con curiosidad.

—No apresaría la esperanza de ver al mundo de nuevo con felicidad jamás, sabio. —Sin más, el capitán se marchó, percibiendo cómo, en los extensos valles de ceniza y escombros, cierto tono verde parecía florecer...